

Ricardo Tudela

Voces del camino

1



estamos donde estamos, o dejamos de estar donde queremos estar.

2

Pienso que puedo poco y termino por poder mucho menos. Lo contrario cuando, sabiendo imaginar inagotable y poderosa mi energía, me doy a ella inspiradamente: entonces puedo lo que puedo.

3

Toda concepción profunda del hombre, por maravillosa que sea, está erizada de peligros, cuando no se sustancia en la sangre de una moral profunda.

4

Tu día, como tu sangre, tiene un ritmo y hondas funciones vitales. ¿Lloraste? ¿Fuiste débil? ¿No alcan-

zaron tu sueño y tu voluntad al corazón? No te apresures por lo inútil. Deja lo que no se pudo hacer y prepárate para una nueva confianza. La vida está ahí, en ti mismo, tal vez en lo que más parece doblarte. Así, mira profundamente y no tardarán en tu alma las resoluciones profundas.

5

Ser entusiasta, aun contra nuestros errores o los de la sociedad a que pertenecemos, es poseer una especie de juventud activa y cordial que todo lo valora y resuelve de acuerdo a órdenes profundos de la Naturaleza y la vida.

6

El miedo crea lo que más debemos temer: la falta de dignidad y carácter.

7

Lo principal, se me ocurre, es la obra; sólo que, previamente, debemos ponernos de acuerdo acerca de los alcances que damos a ese valor. Si nos mueve lo exterior, la obra es lo que necesitan los demás como síntesis de nuestra energía; en tal caso estamos en una necesidad social. Mas esa intensidad, para nuestro verdadero ser, puede no tener sino débiles raíces en lo que «somos». En cuanto el hombre adquiere conciencia de

ello, se apresura a completar lo que puede liberarlo para una realidad viviente de la existencia.

8

La planta crece y no lo ven los demás, mientras crece. Mas la planta se «ve» crecer, mientras crece. Ese, para el hombre consciente, es el resultado de la cultura: que sintetiza de una manera viviente el crecimiento del hombre.

9

Es curioso comprender que podríamos ser autores, desde cualquier ángulo en que nos coloque el destino, de muchas cosas grandes y bellas que bastasen por sí mismas para darnos un sentimiento lúcido del corazón. Puesto que no realizamos tan alta manera de crear, no encontramos lo más valioso de nuestra energía en el ser. Así, la cultura que sale de nuestras manos ofrece muy poco de nuestra vida fundamental, casi podríamos decir que la desnaturaliza. Esto obliga, como es lógico, a nuestro espíritu a replegarse estérilmente en zonas que no le pertenecen, vale decir, a aceptar formas y modos que no le substancian en su verdad auténtica.

10

«Platón no tiene sistema», dice Emerson. ¿Y para qué le hubiera servido? ¿Habría sido más Platón? Sea-

mos sensatos: sólo así es poderosamente libre. Si hubiera creado alguno, estaría, como otros filósofos, custodiando los hierros de su propia prisión: no encontraríamos tanto Platón en su luz.

11

La inteligencia se nutre de muchas cosas sin estar en la raíz de la vida. El corazón, en cambio, cuando se alimenta de las raíces de la existencia, embellece cuanto desea y va siempre más allá de la voluntad.

12

La verdad suele ser, por obra de nuestra mentira cotidiana, la pobre cenicienta del corazón.

13

Desde antiguo el hombre ha sido lo que es capaz de dar a sus semejantes. Todas las grandes culturas dan testimonio profundo de ello. Por eso se valora cualquier intensidad individual en la capacidad secreta de crear realidades dichosas de justicia. El sentimiento, en esa obra, es el verdadero artífice: trabaja en armoniosa tenacidad y sabe de qué honduras misteriosas el hombre y la existencia pueden encontrarse en lo que necesitamos construir como mejor.

14

Escribir, para nuestro tiempo, no es tan fácil como parece. Empero, puede tener una estremecida hermosura si se sabe escribir con conciencia de la hora. Esa conciencia para mí, es la del hombre que se apodera de los valores fundamentales de la existencia. Cada escritor puede tomar cuantos caminos le señale su instinto; no tendrá el camino que le pertenece, mientras no se resuelva a enfrentarse con problemas auténticos.

15

Hablo de valores y mi conciencia no tiene la percepción del «valer». De la misma manera hablo de identidad y, por falta de conciencia, acumulo complejos metafísicos en mis complejos naturales. Este es el drama de la cultura hispanoamericana. Se confunde el «ser» con el «valer» y, al margen de ambos, la irresponsabilidad con la personalidad. En esa evasión de la conciencia, Hispanoamérica tardará en realizarse. En toda cultura eso es lo que importa: la realización. Que el «ser» sea todo el «valer», todo el poder creador y liberador en completa función de hombre.

16

Nuestro tiempo tiene una urgencia para alcanzar su expresión: la claridad. Sin ella no se puede ya influir

sobre la vida. Los medios, las fuerzas que cada uno ponga en acción, han de surgir del propio espíritu. Pero la claridad plantea, ante todo, una lucidez viviente de conciencia. Ese es el dramatismo de nuestro tiempo: que muy pocos hombres están resueltos a conquistarla. Lo que puede llamarse conciencia es lo más recto y poderoso del ser: participa de una conducta cabal, de la verdad del carácter, de todo lo más ardiente y clarividente de la personalidad. Tales honduras despiertan recelos y temores. Y la verdad, la que constituye la ley eterna del hombre, no nace sino en la medida como el hombre se identifica consigo mismo. Goethe tuvo ese ángel misterioso que le aclaró todas las rutas. Lo mismo Shakespeare, Cervantes, Emerson, Carlyle, Walt Whitman... Volvemos a la antigüedad y encontramos tan alto patrimonio en su más excelsa síntesis: Sócrates. El gran ateniense fué un alma clara por esencia. A través de los tiempos —que son ya intemporales para el valor de su genio moral— toda Grecia parece resumirse en una claridad única que busca nuestro corazón.

Pero Goethe, como todos los corazones claros, no hubiera podido dar cuenta cabal de tan profundo sentido de su alma. Me parece que ni aun hubiera podido explicar por virtud de qué leyes todo se reunía en él para darle esa dicha. Así, me parece que claridad es lo más insistente y consciente de nuestra obra en cuanto el ser participa armoniosamente de ella. Cervantes tiene testimonios vitales y reales de ese florecimiento;

se vió auxiliado por ángel tan magnífico y participa del goce de ponerle libertad para darnos noticias de ello.

17

Debemos insistir acerca de esta verdad: sin responsabilidad no hay personalidad. Para dar hay que tener; y ¿qué puede dar el que no se ha realizado a sí mismo? El pensamiento profundo, así, es lo fundamental; y el hacer profundo, y el creer profundo, y el comprender profundo. Sólo «es» el que busca ardientemente su personalidad. Que lllore y cante con hondura nuestro sentimiento, nuestro entusiasmo, nuestra vocación. La vida auténtica tiene en su entraña este hervor de hombre completo. El que es capaz de conquistar tan rica dimensión, lo tiene todo en sí mismo: se identifica con la vida.

18

América necesita vivir con originalidad. Para ello es indispensable que la cultura se identifique con el hombre. En cuanto termine ese proceso, la cultura se hace justicia. Sin ese sentido ningún hombre podrá nunca «humanizarse». Lo que buscamos conocer como finalidad de tal desenvolvimiento, somos nosotros mismos: lo que debemos transformar en conciencia. Cuando el ser alcanza ese plano, individualidad y humanidad se transmuta en hombre total. Bien decía Só-

crates que sólo puede saber el hombre una cosa, que es también la única que importa conocer: él mismo. Por eso, si la filosofía y la enseñanza no llevan al hombre a esas fuentes, mutilan la vida. Lo original de nuestro ser está en la plenitud con que sepamos vivir, esto es, emanciparnos de la naturaleza. Cuando la cultura continental se proponga toda la integridad de los valores humanos, se iniciará la era del «hombre humanizado».

19

Tenemos necesidad de volver a quienes avivaron el ansia de superación. Entre esos artífices, a Gracián. Sus reflexiones prenden con hondura plural: aparece el sentido simultáneo y veraz.

20

Por de pronto, todo parece que converge en el amor. La historia demuestra que cordura y sentimiento son primos hermanos. Oigámosle: «Aun entre hombres, los gigantes suelen ser los verdaderos en el amor».

21

Pero la cordura tiene tantos planos como mirajes ofrece la vida. Desde los altosanos es la llanura o el valle; desde éstos, la falda o la cima. De ahí que el alma necesite premura y contención. El que lo olvida, ha de quedarse siempre insatisfecho. Es lo de todas

partes que, por cuenta propia, se coloca en su justo medio. Parece insinuarlo el mismo Gracián: «Las verdades que más nos importan vienen siempre a medio decir».

22

Pero el mundo no es sólo filosofía; compónese también de incomodidad. En ella trabaja el hombre para su frustración o su provecho. Verlo soslayar las horas duras o difíciles es tener mucho de la verdadera medida de su alma. La mayor parte, por desgracia, o huye o naufraga; el resto queda en espera, que lo mismo se inclina para la sombra que para la luz. Bien los dibuja el pensador aragonés: «Tan necio es el que se ríe de todo como el que se pudre de todo».

23

Hacen falta muchos días de justicia para realizar lo que es un hombre. Aun así, no tendremos la vida integral. Esta imposibilidad parte de la imposibilidad viviente del conocimiento; es decir, de la necesidad de crecer para conocer.

24

Contra todo lo que creo poseer está el fuerte designio de la parte obscura de la naturaleza. Por eso es sabio ligarse sólo a cosas esenciales. Cuanto más lo

comprendo, más me preparo para mi libertad. Y el hombre está ahí precisamente: en esa surgencia de la libertad que se escapa, a fin de que la voluntad se renueve perennemente en un sentido viviente de su hondura.

25

No pienses tu dicha: vívela.

Mendoza, 1937.